

gado en él el convencimiento de la existencia de un gobierno tenebroso, desde que leyó una declaración de Mr. de Lally-Tollendal, anciano que tenía todo el aturdimiento de la juventud y que era muy amigo de monsieur Decazes. Apoyado sobre esta autoridad Mr. Madier de Montjau dirigió una petición denunciadora á las Cámaras, tea de discordia en un foco ya en combustion. Los debates de aquella petición, que rasgando todos los velos debía descubrir los misterios de ambicion y de reinado prematuro en el palacio, solo levantó tempestades de tribuna. Mr. de Saint-Aulaire, suegro de Mr. Decazes, insinuó que el ascendiente de familia tendia á sustituir á la verdadera monarquía. El general Sebastiani recordó la nota secreta á las potencias estrangeras, procedente sin duda del mismo centro, y conspirando contra la independencía del mismo poder del rey y de la nacion. La petición, rechazada por los ministros, fué pasada al duque de Richelieu, y por este á los tribunales. El denunciador tuvo el único triunfo que pudo esperar; el ruido, la agitacion y el papel seguro de víctima, cuando se denuncia lo que es imposible probar y mas imposible destruir.

## X.

Mientras que todas estas conspiraciones tramaban la pérdida de la restauracion, á que contribuian sus amigos insensatos ó sus enemigos implacables, la Providencia daba con el nacimiento del duque de Burdeos un heredero ó una víctima mas á los destinos de aquella monarquía. La duquesa de Berry, princesa á quien la sangre de su marido y el hijo que llevaba en su seno habian cubierto de una popularidad tierna y afectuosa en Francia y en Europa, sintió los dolores del parto la noche del 20 de setiembre de 1820. Esta fecundidad tan oportuna á la

monarquía, revelada por primera vez sobre una tumba y que hacia datar la concepcion del hijo solo algunas semanas antes de la muerte del padre, habia servido de testo á las incredulidades y á las ironías de los enemigos intestinos ó públicos de la casa real. Importaba, pues, que una publicidad auténtica, conforme á los usos de la monarquía, quitase todo alimento á esos rumores y á esas malignidades del odio. El mariscal Suchet y muchos oficiales de la guardia de las Tullerías, asistieron al nacimiento y depositaron irrecusablemente sobre la verdadera maternidad de la duquesa. El rey acudió apenas tuvo noticia del acontecimiento, y recibió al niño en sus brazos, como un premio de sus penas, y como una garantía milagrosa de su raza. Lo levantó en alto á la vista de todos los concurrentes, y conforme á las tradiciones clásicas y queridas de su corazón, mojó los labios del recién nacido con algunas gotas del vino que, segun decian, habia fortificado antes que la leche el corazón de Enrique IV.

En los periódicos de Lóndres apareció una protesta, que se cree apócrifa, contra el nacimiento eventual de un príncipe supuesto, la cual se atribuía al mas interesado, que era el duque de Orleans, ó á sus amigos. Este príncipe la desmintió delante de Luis XVIII. El rey le respondió. El duque de Orleans quiso sin embargo preguntar al mariscal Suchet sobre la realidad del parto, antes de felicitar á su sobrina. El mariscal atestiguó energicamente la legitimidad del príncipe. Satisfecho el duque con tan irrecusable testigo se dirigió á palacio para rendir sus homenajes. La Francia entera se congratuló y tranquilizó con el nacimiento de aquel príncipe, aumentando no poco la alegría la compasion que inspiraba la memoria de su infortunado padre. El pueblo quiere que la Providencia se encargue de vengar el crimen y de enjugar las lágrimas. Los poetas le llamaron *el hijo del milagro*, y los embajadores *el hijo de la Europa*. Los

unos vieron en su cuna un prodigio, y los otros un principio; pero nadie entreveía desde tan lejos la suerte de los Estuardos. Munificencias, amnistías y gracias de todo género caían de las manos del rey á ruegos de la joven madre. Aquella cuna presentada al mundo fué por espacio de algun tiempo prenda de reconciliacion, de esperanza y de paz para los pueblos. El milagro del nacimiento hacia á los mas incrédulos supersticiosos. Aquel era un don de la naturaleza que á los ojos de la Francia daba nueva fuerza á la política. Decíase que aquel niño, criado en las ideas y en el espíritu del rey para perpetuar su obra constitucional, se escaparía por su edad y por su educacion á los resentimientos merecidos ó inmerecidos que la revolucion recelosa alimentaba contra su raza; que él seria la fecha del tratado de paz entre las ideas de lucha, esto es, *el edicto de Nantes* de las opiniones encarnadas de un rey joven. Este acontecimiento de familia era á los ojos de todos una intervencion de la Providencia en los destinos de la patria, y nadie creía que el cielo pudiera intervenir por medio de un nacimiento tan inesperado para engañar al mundo ni para retirar su prenda de porvenir y de seguridad. Tal fué el espíritu de los discursos, de las ideas y de los sentimientos que se derramaron entonces sobre aquella cuna. Siniestros agüeros apuntaban sin embargo casi al mismo tiempo por los dos lados del horizonte, en España y en Nápoles.

## XI.

Se ha dicho que Napoleon habia sido un misionero armado de la libertad y de la revolucion en Europa, y que recorriendo el continente para dominarlo, habia sembrado en él á sabiendas los gérmenes de fecundidad liberal. Este es el sofisma inventado para el uso de los

*Sejanos* de su reinado, cuando han querido despues de su caída construirle una doble popularidad en la imaginacion de los pueblos, á fin de acumular sobre su nombre todos los elementos de oposicion que querian hacer á los Borbones ó á la república. Napoleon, en todas sus victorias contra las nacionalidades, no sembró mas que terror á su nombre y resentimientos contra la Francia. Esta le debe su mayor gloria militar, prestigio inmenso para una nacion, de que es justo rodeemos su memoria; pero ni la Francia ni el continente le deben el amor á la libertad, á menos que se llame con este nombre el cansancio del despotismo con que habia fatigado á los pueblos. Por esta razon se podría sostener igualmente que la noche produce el dia, porque las tinieblas hacen suspirar por la luz, y que la servidumbre crea la libertad porque fomenta la rebelion en las almas oprimidas y las subleva contra el opresor. Lo que es cierto y lo que está comprobado por todas las revelaciones de su pensamiento y por todos los actos de su política desde el 18 Brumario hasta el concordato renovado de Cárlo-Magno, hasta sus feudatarios y su nobleza, hasta el mutismo impuesto por él al pensamiento bajo el nombre de *ideología*, es que hizo retroceder la corriente de toda la revolucion francesa; que persiguió, para apagarlas, las luces de los principios de aquella revolucion á donde quiera que pudo alcanzarlos su espada, así en su patria como en el continente; que empleó la fuerza de que Dios le habia dotado, no para destruir, sino para rejuvenecer la autoridad absoluta de las teocracias, de las aristocracias y de los tronos, y por último que fué el verdadero Juliano de la libertad de conciencia y de la libertad civil, el gran antagonista de la filosofía del siglo XVIII en todo el universo. Héroe sí, apóstol no, ó apóstol fuera de tiempo de la conquista, de la gloria y de la fuerza material.

del fin de las libertades y civilizaciones que en Europa  
 mente por esta solididad real y visible, todos  
 los otros, todas las instituciones libe- XII.  
 rales o civiles de las naciones, aun las mas separadas en  
 la apartacion por las distancias ó las costumbres, se unen  
 61. Veamos qué fué lo que pudo engañar por un momen-  
 to á los pueblos sobre ese apostolado de la libertad atri-  
 buido á los ejércitos de Napoleon y lo que hizo brotar  
 debajo de sus plantas ó despues de su caída los sintomas  
 de liberalismo que aparecieron en algunos puntos del con-  
 tinente. En primer lugar debe observarse que habiendo  
 invocado los reyes para resistirle ó vencerle el senti-  
 miento nacional de los pueblos subyugados y sometidos,  
 aquellos pueblos evocados así por sus soberanos para el  
 socorro de sí mismos, tomaron por primera vez un papel  
 en su propia causa y reivindicaron insensiblemente de  
 sus gobiernos para sus libertades interiores los privile-  
 gios de pensamiento, de palabra y voluntad nacional de  
 que aquellos gobiernos les habian dejado investirse para  
 la defensa de su independencia exterior. Entonces em-  
 plearon para protegerse y administrarse á sí mismos las  
 inmunidades que habian conquistado derramando sus tes-  
 soros y su sangre por sus reyes y adquirieron en las  
 guerras nacionales el hábito y el orgullo de las institu-  
 ciones libres. Por otra parte, habiendo roto la caída de  
 Napoleon el sello que comprimia hacia quince años el  
 espíritu liberal en Francia y dejando respirar el espíritu  
 humano en el pensamiento, en la palabra, en la impre-  
 ta y en la tribuna, aquella esplosion acumulada de li-  
 bertad que estallaba en Francia tuvo su eco en toda Eu-  
 ropa, y desde Nápoles á Amsterdam y desde Moscow á  
 Madrid se vieron los pueblos inundados con la corriente  
 de las ideas que por tanto tiempo habian estado sujetas  
 y reprimidas, y sabido es que las ideas toman su nivel  
 en el mundo moral por una ley análoga á la ley que go-  
 bierna el nivel del agua ó del aire en el mundo mate-

rial. Raices subterráneas y entrelazadas unen estrecha-  
 mente por cierta solidaridad real aunque invisible, todos  
 los altares, todos los tronos, todas las instituciones reli-  
 giosas ó civiles de las naciones, aun las mas separadas en  
 la apariencia por las distancias ó las costumbres, de suer-  
 te que la caída, el trastorno ó la modificacion de una de  
 esas cosas en cualquiera parte del globo, las derriba, las  
 trastorna ó las modifica inevitablemente en todas partes.  
 Esto es especialmente, exacto en Francia, nacion no su-  
 perior á las demas, sino mas pronta, mas activa y sim-  
 pática, que piensa la primera, que se mueve mas pronto,  
 y á la que el mundo moderno se complace en imitar  
 cuando no trata de humillar, ni aspirar á la conquista.  
 Tales eran, en nuestro concepto, las causas verdade-  
 ras de los movimientos intestinos de emancipacion, de li-  
 bertad y de imitacion de las instituciones constituciona-  
 les que trabajaban al continente desde que las institucio-  
 nes liberales, la tribuna y la imprenta de París, agitaban  
 el espíritu público, ó fomentaban sordamente las faccio-  
 nes de Francia. Napoleon y sus ejércitos no habian, no,  
 acelerado aquel movimiento del espíritu de los pueblos  
 hácia nosotros y aquella tendencia á imitarnos; por el  
 contrario, lo habian retardado porque el temor y el odio  
 que la conquista habia suscitado contra nosotros en el  
 mundo no son atractivos para los pueblos. Estos no si-  
 guieron nuestras huellas sino desde que cesaron de tem-  
 ernos y de odiarnos. Querian si nuestras ideas y nues-  
 tras leyes; pero no nuestro yugo.  
 En ninguna parte fué este yugo mas inicuo, mas odio-  
 so, mas sanguinario y mas heroicamente sacudido como  
 en España. El orgullo legitimo de su independencia ha-

bia resucitado con las astucias y la violencia de Napoleon á aquella nacion adormecida. La España habia sido el Macabeo de los pueblos. Sabida es su historia, y por lo tanto no recordaremos mas que lo que es indispensable para unir los acontecimientos de 1812 con los de 1821.

## XIV.

La casa de Borbon reinaba sobre la España y las Américas desde Luis XIV, (1) ó mas bien dejaba reinar á las costumbres, los frailes, la Inquisicion, temor permanente, que el fanatismo de una nacion entonces ignorante, supersticiosa y cruel (2) habia permitido á sus sacerdotes colocar política y religiosamente al lado y encima de su gobierno. En ningún pueblo de la tierra, desde el antiguo Egipto ó desde las Galias druidicas habia gobernado la teocracia sacerdotal tan directa é implacablemente á una nacion. El espurgo perpétuo de la fé y la policia de las conciencias por el hierro y el fuego habian multiplicado allí los sacrificios humanos. Treinta y ocho mil víctimas de aquel tribunal sin apelacion habian sido quemadas en público en el espacio de tres siglos. La muerte de los hereges era el espectáculo que se daba

(1) No desde Luis XIV, que nunca reinó en España, sino desde Felipe V, duque de Anjou, data el reinado de la casa de los Borbones en España y América.

(Nota del traductor.)

(2) Podria disimularse lo de ignorante y supersticiosa en la época á que se refiere el historiador; pero no debemos dejar pasar sin correctivo el epíteto de cruel, que aplica á España. No era ella la que tenia encendidas las hogueras de la Inquisicion. Fué solamente víctima, y no autora de esos autos de fé que consternaron y escandalizaron al mundo.

(Nota del traductor.)

anualmente en edificacion ó en ejemplo á los fieles. Otros muchos condenados ó sospechosos, cuyo número pasaba de 300,000 interrogados por medio del tormento, habian espiado en los calabozos y en las mazmorras el crimen de haber sido solamente sospechosos de libertad de pensar sobre las cosas santas. La dulzura de la casa de Borbon habia ablandado con el uso la ferocidad de Felipe II. La Inquisicion no obtenia ya sino muy pocas ó ninguna víctimas en el último reinado; pero las riquezas inmensas é inviolables de la iglesia, la multiplicacion, la ociosidad y la mendicidad de los frailes, institucion que suprime el trabajo suprimiendo la familia, continuaban embarazando al gobierno y esterilizando á la España, la cual subsistia de la riqueza de su suelo y de sus colonias lejanas, como un poseedor ocioso que se enerva en su molicie mientras que sus esclavos cultivan para él sus tierras descuidadas. No quedaba á la España en el momento en que estalló la revolucion francesa en 1789, mas que las tradiciones caballerescas en su nobleza, una sangre heroica en su pueblo, los reinos gobernados por los vireyes en la América del Sur, (1) un culto de tradicion para sus reyes, una supersticion alternativamente fanática y tímida para sus sacerdotes, restos de virtudes y de vicios en un pueblo que se descompone y que va á morir si la adversidad no le regenera.

## XV.

Cárlos IV reinaba, ó mas bien dejaba reinar bajo su nombre al favorito de la reina, que habia llegado á serlo tambien suyo. Don Manuel Godoy, simple guardia de Corps, cuya gentil presencia habia seducido á la jóven

(1) Y tambien en la del Norte.

(Nota del traductor.)

reina, y cuya habilidad aliviaba al rey del peso de la corona, ejercía á la vez sobre ambos esposos uno de esos ascendientes sobrehumanos y misteriosos que solo el amor puede explicar en la muger y la debilidad ó sumision del espíritu en el marido. Una y otro no tenian, al parecer, mas que un solo corazon para adorar y engrandecer al favorito comun. Espiacion del despotismo que entrega una nacion á un hombre solo, este hombre á una muger débil, y esta muger á un cortesano desconocido.

Godoy, despues príncipe de la Paz, no era inepto, ingrato ni traidor. Tenia talento y espedicion para los negocios, gran deseo á las mejoras que fuesen necesarias al reino y un agradecimiento y una fidelidad para sus soberanos que participaban de la supersticion del español, de la asiduidad del amante y de la obediencia del hijo. El amor y la confianza le habian entregado el reino y queria conservarlo intacto, próspero y fiel á sus amos. El clero, cuya dominacion sobre una córte monacal, no contrariaba el privado en manera alguna, le toleraba sin impaciencia por temor á un ministerio filósofo sacado de entre los españoles que comenzaban á alarmar su ortodoxia y á respirar al través de los Pirineos las libertades de pensamiento y de conciencia. La nobleza le sufría por ese hábito de respetar en los favoritos, cardenales ó cortesanos, los caprichos de la magestad real. La córte, compuesta por él, y el ejército mandado por él mismo, servian á su voluntad y su ambicion. Solo el heredero de la corona, el jóven Fernando, casado casi niño con una princesa de Nápoles, odiaba en el príncipe de la Paz al tirano de su padre, al señor, al rival de su propia dignidad, la humillacion de su familia y al enemigo natural del hijo de la casa real. La princesa de Asturias, su esposa, relegada, perseguida y consumida al fin de languidez hasta morir, no pudiendo resistir la dureza del yugo de la reina, y algunos amigos, confidentes de sus penas, sostenian aquel odio instintivo contra el favorito. Tal era

aquella córte, donde las ceremonias religiosas, la etiqueta melancólica, apenas interrumpida por las cacerías y la música, mantenian en pie la eterna ignorancia y la monótona ociosidad.

## XVI.

Las conmociones de la Francia, desde 1789 á 1792, apenas habian sido percibidas en España, donde la Inquisicion, la policia, la ignorancia del pueblo, la indiferencia de la córte y la altura de los Pirineos lo interpretaban todo. Despues de una declaracion débil de guerra á la república francesa por decoro al resentimiento de la sangre vertida de Luis XVI, la córte de España habia concluido una paz humillante. Inmóvil y tímida asistió á las victorias de Napoleon en Italia y Alemania, y á los destronamientos de la casa de Parma y de la de Nápoles aliadas por la sangre; fiando su salvacion en sus condescendencias, prestando sus escuadras al emperador contra la Inglaterra en Trafalgar, para auxiliar ella misma la sumision de los mares y del continente y dando uno de sus cuerpos de ejército á Napoleon para ir á contener á la Dinamarca bajo sus leyes. Esto era poco; el príncipe de la Paz, para encadenar mejor á Napoleon con el agradecimiento, habia concluido con él un tratado secreto (1) por el cual daba paso á las tropas francesas para ir

(1) Fué firmado en Fontainebleau el 27 de octubre de 1807 entre don Eugenio Izquierdo, plenipotenciario de Carlos IV y el gran mariscal de palacio Duroc. Constaba de catorce artículos que espresaban que la reina de Etruria cedía á Napoleon sus dominios de Toscana, recibiendo por indemnizacion la provincia portuguesa de entre Duero y Miño con la ciudad de Oporto, bajo el titulo de reino de Lusitania Septentrional: Que don Manuel Godoy seria declarado soberano

á someter el Portugal, y previendo la muerte de Carlos IV y su propia decadencia, habia estipulado para sí mismo, como premio de su complicidad, el reino de los

no hereditario de los Algarbes: que las provincias de la Beira, Tras-os-montes y la Estremadura portuguesa quedarían en depósito hasta la paz general para disponer de ellas segun las circunstancias y del modo que conviniesen entre sí Carlos IV y el emperador: que si se extinguían las dinastías reinantes en la Lusitania septentrional ó en los Algarbes, el rey de España tendria el derecho de dar la investidura á quien quisiese, con condicion de que jamás se reuniesen en una misma persona estas dos soberanías ni á la corona de España: que el rey de España seria el protutor perpétuo de estas dos potencias, y que sin su consentimiento jamás podrían hacer la guerra ni la paz: que si á la época de la paz general eran restituidas á la casa de Braganza las provincias centrales de Portugal en cambio de Gibraltar, la isla de la Trinidad y otras colonias adquiridas por los ingleses y pertenecientes á la España, el soberano de dichas provincias portuguesas quedaria bajo la proteccion del rey de España en los mismos términos que el de la Lusitania septentrional y los Algarbes: que el rey de España á la conclusion de la paz general ó tres años despues á mas tardar de la fecha de este tratado tomaria el título de emperador de las Américas: y en fin, que las posesiones de ultramar de Portugal se dividirían entre España y la Francia por una convencion particular.

En el mismo dia en que se concluyó el tratado de Fontainebleau, Carlos IV y el emperador por medio de los mismos plenipotenciarios formaron una convencion separada en siete artículos, espresando que veinte y cinco mil hombres de infantería francesa y tres mil de caballería entrasen en España y marchasen directamente á Lisboa, agregándoseles ocho mil hombres de infantería española, tres mil de caballería y treinta piezas de artillería: que al mismo tiempo una division separada de diez mil españoles tomaria posesion de la provincia portuguesa de Entre Duero y Miño y de la ciudad de Oporto, y otra division española de seis mil hombres haria lo mismo con las provincias de Alentejo y de los Algarbes:

Algarbes, desmembramiento del Portugal, así repartido con Napoleon.

Empero nada bastaba á satisfacer á Napoleon: él queria un trono mas para uno de sus hermanos, y desde el fondo de la Alemania habia fijado los ojos en Madrid. Los agentes secretos del principe de la Paz y del emperador, seguian en París sordas negociaciones, en que se halagaban y adulaban mutuamente para engañarse. Quien sabe las tramas que allí se urdian para envolver á la España y captarse el favor de Napoleon, cuando estalló inopinadamente en Aranjuez, residencia de estío de la corte de España, una tragedia de palacio, semejante á las de Bizancio en el imperio griego, la cual vino á ofrecer á Napoleon el pretexto de las intervenciones, de las astucias y de las violencias que premeditaba hacia algunos meses.

## XVII.

El principe de Asturias, heredero inmediato del trono, llevando cada vez con menos paciencia la opresion

que la España mantendria las tropas francesas: que las provincias secuestradas serian gobernadas por el general francés, y las de la Lusitania y los Algarbes por los españoles: que todas las tropas y los comandantes estarian á las órdenes del general francés, escepto en el caso de que el rey de España ó el principe de la Paz fuesen á mandar la expedicion en persona, pues entonces tanto las tropas francesas como las españolas estarian bajo sus órdenes: que se reuniria un nuevo ejército de cuarenta mil hombres para marchar á Portugal, atravesando la España, en el caso de que los ingleses enviasen socorros á los enemigos ó amenazasen en atacar el Portugal: pero que la entrada de estas tropas en España seria precedida de una nueva convencion entre los soberanos contratantes.

(Nota del traductor.)

del favorito, á quien acusaba de perder á la España y conspirar contra él mismo, aconsejado por otro lado por su preceptor el canónigo Escoiquiz y sus confidentes los duques de San Carlos y del Infantado, que creían que su único apoyo estaba en la intervencion poderosa de Napoleon, y desesperado, en fin, por el exceso del peligro y del odio, escribió al emperador una carta suplicándole que le adoptase por hijo y le concediera la mano de una princesa de la familia de los Bonaparte ó de la de los Beauharnais. Empero, ora fuese indiscrecion calculada de Napoleon para hacer irreconciliable la disension del padre y del hijo, ora penetracion por parte del señor Izquierdo, agente del príncipe de la Paz en Paris, es lo cierto que el ministro tuvo conocimiento de aquella carta y la denunció á Godoy. Revelada por este al rey y á la reina, é interpretada como crimen de Estado y conjuracion contra el reinado y la vida de sus padres, aquella carta exaltó hasta el delirio el dolor, el orgullo y la cólera del infortunado Carlos IV. La reina por su parte se habia exagerado á sí misma las apariencias y convertia en atentado lo que no pasaba de ser una imprudencia ó falta de respeto. Arrestado en palacio el príncipe de Asturias, conducido á los pies de sus padres, convencido de haber sostenido correspondencia con el extranjero por los papeles que se hallaron en su cuarto y denunciado á la España y al mundo como príncipe rebelde é hijo casi parricida, tembló ante las reconvenções y ante las amenazas de Godoy, de la reina y del rey. Arrepentido de su falta, lloró é imploró el perdon de sus padres; pero como en el interrogatorio hubiese descubierto á sus consejeros, estos sufrieron solamente la venganza de las leyes. El hijo arrepentido, degradado y perdonado, habia evitado la suerte trágica de don Carlos, y recobrado en la córte de su padre la libertad, el rango y la subordinacion de un heredero presuntivo apartado de los consejos y anulado por su humillacion. La Europa se escandalizó con

aquel drama sin desenlace en el palacio de Carlos IV, y la España, indignada con el triunfo del favorito, hervia en facciones y acopiaba cada vez mas caudal de odio y de resentimientos.

## XVIII.

Aquel era el momento en que Napoleon, bajo el pretesto ambiguo de los negocios de Portugal y de un auxilio mal definido de sus ejércitos, prestado á la España en virtud del tratado secreto de Fontainebleau con Godoy, hacia atravesar los Pirineos á cien mil hombres de sus mejores tropas, á las órdenes de Murat, se apoderaba por la astucia ó por la violencia de las plazas fuertes y avanzaba hácia Madrid, sin que el gobierno español aterrado, ni él mismo pudieran dar á los españoles patriotas una esplicacion ni aun especiosa de aquella ocupacion militar del reino, que colocaba alternativamente las provincias, los arsenales, los puertos, las ciudades de guerra, y pronto quizás la capital misma, bajo el yugo y á merced del extranjero. Carlos IV, la reina y el favorito, que al fin habian abierto los ojos, aunque demasiado tarde, sobre los proyectos de un conquistador que habia encubierto su ambicion so capa de amistad y que al fin rasgaba él mismo el velo, resolvieron abandonar á Madrid, retirarse á Cádiz, y trasladar el trono á las Américas, y hasta las tropas españolas estaban ya escalonadas en el camino de Andalucía para proteger esta fuga del rey y su familia; pero el príncipe de Asturias resistia secretamente esta partida, que entregaba la monarquía á los franceses. Esta resistencia del heredero inmediato del trono traspiraba al pueblo y hacia al príncipe ídolo de la nacion humillada y vendida. Intimidada la córte con la resolucion del pueblo de impedir la fuga de sus reyes,

dió contraórden y se retiró con el favorito á Aranjuez por entre las tropas reconcentradas para la seguridad de su viage. Murat entretanto, durante aquella perplejidad de los dos partidos de la córte y aquellos movimientos todavía respetuosos del pueblo, entraba en Madrid con el ejército francés, ocupaba todos los caminos y todos los pasos del rio que dominan la capital, y guardando un silencio enigmático, mas terrible y pérfido que una declaración de guerra, se erigia en árbitro de los destinos del pueblo y del rey.

## XIX.

Desengañado al fin el príncipe de la Paz sobre la su- puesta amistad de Napoleon, acababa de saber por su agente Izquierdo, que habia llegado precipitadamente de París, que la usurpacion del trono y de la nacion era el secreto de los misteriosos manejos de Napoleon, y que no quedaba ya mas recurso á su soberano y á él mismo que apelar, para salvarse, á la insurreccion nacional ó á la fuga; pero acostumbrado el favorito á los milagros de la fortuna y embriagado con los sueños que la diplomacia astuta de Napoleon habian infundido durante tanto tiempo en su alma, seguia adormeciéndose en Aranjuez con las ilusiones y las voluptuosidades de su última hora. El estampido del trueno le despertó la noche del 17 al 18 del mes de marzo de 1808. Una turba de paisanos que habia salido furiosa de Madrid en el momento en que Murat entraba y profanaba con las armas extranjeras la capital, acudió al palacio real de Aranjuez gritando traicion y venganza contra el favorito, que, segun decia, habia vendido la patria al extranjero. Aquella multitud, engrosada en el camino con las poblaciones del tránsito y con los vecinos del mismo Aranjuez, cercaba ya el

palacio de Godoy, arrastrando en su movimiento á las tropas y proclamando el nombre querido y salvador del príncipe de Asturias, y se precipitó en la habitacion del favorito, puñal en mano, para lavar con su sangre la debilidad del rey y la pérdida de la monarquía. Apenas tuvo tiempo Godoy para escaparse por un corredor de la furia del pueblo, que inundaba y destrozaba su palacio, para subir por una escalera oculta á los desvanes, y esconderse allí, como uno de los emperadores pretorianos de Roma, en un rollo de estera.

Creyendo el pueblo que se habia escapado, sació su furia clavando sus armas en los colchones de la cama del favorito, saqueó toda la casa y encendió antorchas para reducirla á cenizas; en seguida se dirigió al palacio del rey, y respetando sus umbrales, pedia á grandes gritos por soberano á su hijo-Fernando. Insensibles á su peligro y á sus ultrages personales, la reina y su marido, mas fieles al amor y á la amistad que á su corona, solo temian y suplicaban por Godoy, pidiendo casi de rodillas á su hijo que hiciera por descubrir el paradero del príncipe de la Paz, y procurase su salvacion, prometiéndole que le entregarían la corona si le devolvían á su amigo.

## XX.

Entretanto el infortunado Godoy habia pasado la noche y gran parte del dia siguiente en la lenta agonía de un reo condenado á muerte que oye desde su retiro las maldiciones, el furor y los preparativos de su suplicio, y que no puede libertarse de la muerte sin precipitarse en otra. Devorado por la sed, abrumado de calor, abrasado por la calentura, temiendo que el fuego aplicado á su palacio le consumiese vivo en la hoguera de paja en que se habia sepultado, le parecian siglos las horas de su lento martirio. En fin, no oyendo ya en su casa ni los pa-



sos, ni los gritos de la alborotada muchedumbre, y pensando que el pueblo, cansado de esperar, se habia retirado completamente para ir á buscarlo en otra parte, se aventuró á salir de su retiro y á bajar con el mayor sigilo las escaleras del desvan para ir á apagar su sed, buscando inútilmente una gota de agua en los jardines y en las fuentes de aquel palacio que pocas horas antes le prodigaba todas sus delicias. Aquel silencio de su casa abandonada en la apariencia era un lazo, y en los vestíbulos habia apostados centinelas descalzos y guardando el mayor silencio para no hacer pública su vigilancia. Uno de estos centinelas le descubre, le prende, rechaza las ofertas de dinero que le hace el fugitivo para enternecerle, y lo entrega á la guardia, que inútilmente lo disputa al furor del pueblo, el cual le arroja piedras y lodo. La noticia de su prision resuena como un grito de alegría hasta el palacio del rey; á este grito responden la reina y el rey con otro de desesperacion, y ruegan á su hijo que se muestre magnánimo y salve de la muerte á su enemigo: «Fernando, le dice su madre, ¿quieres nuestra corona? Tuya es, salva á nuestro amigo y abdicará tu padre.—Si, si, añade el anciano rey, salva á Manuel y eres rey.» A estas palabras corre Fernando á socorrer á su enemigo, le arranca del poder de la muchedumbre, y lo confia á la custodia de la tropa. «¿Sabes, le dijo por toda venganza, que ya soy tu rey?—¿Pero á lo menos viven el rey, mi señor, y la reina? preguntó por todo consuelo el favorito, mas cuidadoso del destino de sus bienhechores que de su humillacion y de sus heridas. Una vez tranquilo sobre la existencia de sus soberanos, le metieron cubierto de lodo y sangre, en un coche y lo llevaron al castillo de Villaviciosa para aguardar otra muerte. Juegos del favor, de la fortuna, de la desgracia y de la muerte, que se arrancan y se disputan su víctima en una noche, y que no habian acabado todavía para Godoy.

En aquel mismo dia abdicó Carlos IV en favor de Fernando, esperando uno y otro que la abdicacion ó la investidura fuesen ratificadas por Napoleon, dueño del territorio por su ejército y árbitro de la corona por su política. Su intérprete Murat rehusaba esplicarse, entreteniéndose alternativamente con la esperanza y el temor al padre y al hijo. Precedido y seguido Napoleon de fuerzas invencibles, llegó á Bayona, última ciudad francesa en la frontera de España, y avocó á sí en el territorio de la Francia aquel gran proceso como para tener á ambos competidores, á quienes habia resuelto destronar, á merced de su ambicion y separados de su pueblo. Carlos IV, su esposa, su hijo y el favorito accedieron á aquella invitacion, medio seducidos y medio violentados. Las astucias que llevaban á aquellos dos monarcas á Bayona, se parecian mas á la política italiana de Maquiavelo, que á la política romana de César. Despues de haber arrastrado Napoleon á sus pies á aquellos principes, quiso deshorrar al uno por medio del otro, dando al mundo el espectáculo de sus disensiones y de su humillacion. El padre y la madre reprimieron fuertemente á su hijo delante de Napoleon, y éste afectó tomar la defensa de Carlos contra Fernando, intimándole que abdicase un reino que habia adquirido por la rebelion contra los derechos de la sangre. Luego que el hijo abdicó y restituyó el trono, obligó Napoleon al padre á abdicar en su favor una corona que no podian rehusar en el pérfido cautiverio que sufrían en Bayona. Napoleon dió entonces el trono de España á su hermano José, y envió al destierro á Carlos IV, á su muger y á su favorito, sin mas consuelo que la amistad que unia á los tres, y con una pension mal pagada,

en cambio de dos imperios. Señaló por prision á Fernando y á su hermano el castillo de Valenzay, rodeado de armas y de policia para evitar la fuga de aquellos principes, si por acaso les hacia volver en sí el sentimiento de su dignidad humillada. Lanzó sus ejércitos sobre España, sublevada por tantos atentados en favor de su independencia. Victorias y derrotas fueron igualmente estériles para conquistar ó emancipar aquella nacion. El alma de aquel pueblo combatia en cada uno de sus hijos. La guerra llegó á hacerse una lucha general sostenida cuerpo á cuerpo. Con el desembarque de los ingleses, que acudian al socorro de los españoles, se ensanchó el campo de batalla. Cada provincia, privada de su rey, nombró una junta de insurreccion permanente. Estas juntas gastaron uno tras otro los cuerpos de ejército de Napoleon. Esa lucha de seis años hizo á Europa eco y cómplice de aquella primera nacionalidad sublevada contra la conquista del mundo. Cádiz fué el centro de esa representacion armada de la España. La nacion reinó por sus reyes durante el interregno de su monarquia. La Europa aprendió de la España que los ejércitos son mortales, pero que las naciones son invencibles. Rechazado Napoleon hácia sus propias fronteras por el Norte, levantado y coaligado contra él, restituyó al papa á los romanos y á Fernando VII á los españoles. Empero este principe, esclavo en su cuna, y cuyo carácter habian encruelecido y agriado los acontecimientos de su juventud, fué ingrato al volver á España. Las Córtes, representacion del pueblo español, que habian combatido por él, quisieron poner precio á su victoria y le pidieron que jurase la constitucion que habian promulgado en 1812, á fin de conciliar el trono y la libertad. Fernando, recibido por su pueblo con el delirio del entusiasmo, siguió atravesando sus provincias sin explicarse, y al llegar á las puertas de la capital, ya se habia olvidado de los que se las habian abierto, abolido la constitucion y recobrado la plenitud

de su soberania, no siendo despues su reinado mas que una larga série de persecuciones contra los diputados á Córtes que habian querido poner una condicion á su vuelta y limites legales á su autoridad. Los realistas moderados, los patriotas, los nobles, los oradores, los ministros y los generales de la guerra de la independencia se consumian en los calabozos, poblaban las mazmorras y se refugiaban en el destierro. Una córte doméstica llamada *camarilla* reinaba y perseguia bajo el nombre del rey. Varias tentativas de insurreccion militar, no contra el rey, sino contra la faccion realista, habian producido dos victimas: *Porlier* y *Lacy*, jóvenes generales de la independencia; al morir *Porlier*, habia legado su memoria á los patriotas en un epitafio que habia preparado para su sepulcro: «Aquí reposan las cenizas de L. Diaz *Porlier*, general de los ejércitos españoles. Fué afortunado en todas sus empresas contra los enemigos exteriores de su patria, y murió vietima de las discordias civiles. Hombres sensibles á la gloria, respetad los restos de un patriota desgraciado.» *Lacy*, despues de haber concertado un movimiento constitucional con crecido número de generales y oficiales de la guerra de la independencia, vió malograda por la traicion la empresa, y se refugio en una montaña de los Pirineos, en la cabaña de un pastor, donde fué descubierto por los que le perseguian y despues condenado á muerte en Barcelona; pero no pudiendo hallarse ejecutores de un general á quien tanto adoraban en Cataluña, le embarcaron para la isla de Mallorca, donde halló la muerte en la misma playa en lugar del destierro que le habian prometido. Todas las provincias de España tenian sus sociedades secretas, sus conjuraciones militares, sus traidores, sus delatores y sus verdugos. El terror se cernia á la vez sobre la córte que sentia al suelo temblar bajo su despotismo, y sobre los liberales que sentian la mano de la córte y de la Inquisicion abierta sobre ellos. Todo anunciaba una de esas crí-

sis supremas en la vida de los pueblos, en que las naciones y los gobiernos, incompatibles y animados por dos espíritus irreconciliables, no pueden libertarse ó de la insurreccion ó de la tiranía. El clero y los frailes españoles, que habian servido admirablemente á la causa de la independencia, se colocaban ahora al lado de la monarquía absoluta: aliados naturales de un trono que habian dominado eternamente, enemigos de la libertad que destronaba la Inquisicion y que en su primer acto emancipaba las conciencias. Los calabozos de la Inquisicion rehusaban sus víctimas al juicio de los tribunales civiles. Los mismos obispos, sospechosos de tolerancia y de sentimientos liberales, gemian bajo los cerrojos del Santo Oficio, y hasta el rey no se atrevia á negar á la venganza de este tribunal, aquellos mismos cuya inocencia y adhesion á su persona le eran conocidas.

La Rusia, por celos contra la Inglaterra, favorecia secretamente con sus consejos este sistema de terror del rey Fernando, á quien habia estimulado á elevar en crédito y en favor á un hombre salido de las filas mas ínfimas de la domesticidad de la córte, leal de corazon, pero de limitado entendimiento, y cuyo celo y actividad aliviaban al rey del peso de su corona. La dificultad de llenar el tesoro real en un pais sin industria y sin comercio, agotado por diez años de guerra encarnizada, movió á Fernando y á su favorito á concebir una expedicion decisiva, cuyo objeto era reconquistar y pacificar por la fuerza de las armas la América española, disputada entonces entre los vireyes de Fernando y los gobiernos independientes que aquellas colonias apartadas se habian dado durante la usurpacion y las luchas de la madre patria. Ugarte, ministro íntimo y personal del rey para los preparativos de aquella expedicion, subordinó en lo que concernia á los preparativos á todos los demás ministros. Las fuerzas navales y militares de la monarquía fueron reconcentradas en Cádiz, puerto de donde debia salir la

escuadra para llevar á la América la voluntad irresistible de la España. El general O'Donell, conde de Labisbal, de una de esas familias irlandesas católicas, que hicieron de la España su patria adoptiva, y el cual tenia tres hermanos, generales como él, que mandaban otras provincias, recibió del rey el mando general del ejército expedicionario, reunido en Cádiz y en los pueblos inmediatos.

## XXII.

Pero O'Donell fluctuaba á merced de los acontecimientos y de los partidos. Apenas llegó á Cádiz, recibió las revelaciones de los gefes del ejército afiliados en las sociedades secretas; los escuchó al parecer favorablemente, y de este modo reconquistó para con los liberales la confianza que habia perdido, y protegió con su silencio y su tolerancia el enganchamiento que para una revolucion se estaba verificando en las filas del ejército. Otro general, Saarsfield, segundo de O'Donell, y amigo del infelizmente Lacy, recibió las mismas revelaciones, y juró vengar á Lacy reconquistando la constitucion, por la que éste y Porlier habian muerto. Pusieronse al parecer de acuerdo O'Donell y él para insurreccionar en dia señalado á sus cuerpos en favor de la causa comun; pero sea que la connivencia de Labisbal y Saarsfield con los oficiales conspiradores de sus ejércitos no fuese mas que una astucia para conocer las opiniones de sus subordinados, ó que aquellos dos generales, juzgando prematuro el movimiento, quisieran dejarlo estallar á medias para mejor aplazarlo ó sofocarlo en seguida, el resultado fué que apenas proclamaron algunos regimientos la constitucion, se reunió O'Donell con Saarsfield para atacar á los insurrectos, cogió *in fraganti* á todos los coroneles y oficiales comprometidos ó sospechosos que habian tenido la impru-